

Humilde homenaje al Maestro

La consagración definitiva de un artista a través de su larga vida de triunfos, se forma poco a poco, alrededor de unos fieles y desinteresados admiradores. La mejor parte de ellos, son tímidos y nunca se dan a conocer. A veces estos admiradores se manifiestan, y, por azar, se descubre su personalidad. Estos encuentros representan para el artista un galardón más apreciado que cualquier otra recompensa. Si Don Enrique pudo ver los postres honores tributados a su gloriosa memoria, guardará eternamente gratitud al humilde obrero — hombre joven — que a las 4 de la mañana del día 6 de Noviembre, se personó en el Museo de Arte Escénico, solo, embarazado por la emoción, con lágrimas en los ojos, y después de rezar unos minutos por el alma de Don Enrique, persignarse y darle el último adiós, se deshizo de su corbata, depositándola encima del féretro.

Todas las consagraciones oficiales y todos los honores, palidecen ante desinteresado gesto salido del corazón de este fiel admirador. Un artista no puede desear más ni obtener nada mejor. Don Enrique, que en su adolescencia supo de la vida azarosa para ganarse el pan de cada día, debe sentirse orgulloso de que, a los 94 años, le rinda homenaje de admiración un joven obrero, evidenciando que el arte sublime del Maestro, interesó a los de ayer y seguía interesando a nuestra juventud. Lo sublime, lo genial, no envejece nunca y no tiene edad. Lo que envejece, es la novedad. El arte de Borrás perdurará, porque sus sentimientos artísticos eran perdurables.

Interesar a la juventud cuando se llega a la vejez y asegurar su admiración, solo es patrimonio de los hombres privilegiados. Y Don Enrique, no sólo ha sido la obsesión de nuestra generación presente, sino que forzosamente, la futura, hablará con orgullo de la existencia de un actor, cuyas creaciones interpretativas — junto con su cadáver — fueron llevadas al Museo del Arte Escénico, como símbolo de que, el arte de Enrique Borrás no era viejo, sino eterno.

Pedro Gener

Solución al Problema n.º 29. — Al asegurar el primer condenado que su pañuelo era blanco, tuvo que hacerlo porque al mirar las espaldas de sus dos compañeros vió que quedaban más pañuelos blancos que negros por poner. Y como eran tres los pañuelos negros y dos los blancos, forzosamente debió ver que cada uno de sus compañeros tenía un pañuelo negro en la espalda, ya que, de esta manera, sin contar con el suyo, quedaban por poner dos pañuelos blancos y uno negro. Por ello aseguró: — «Mi pañuelo es blanco» y, aun cuando se equivocó, no cabe duda que siguió el camino más seguro. Esto mismo le ocurrió al segundo condenado, y esto fué lo que, al discurrir el tercero sobre lo que podrían haber pensado sus infortunados compañeros, le llevó a la convicción de que el pañuelo que él tenía atado a la espalda era negro. Así, el Tribunal había colocado un pañuelo negro en la espalda de cada uno de los condenados.

Problema n.º 30. — En una familia hay: un abuelo, una abuela, dos padres, dos madres, cuatro hijos, tres nietos, un hermano, dos hermanas, dos hijos varones, dos hijas, un suegro, una suegra y una nuera. ¿Cuántas personas constituyen esta familia?

Un Pensamiento. — En lugar de quejarme porque la rosa tiene espinas, me felicito de que la espina esté cubierta de rosas, y que la zarza lleve flores.

Una anécdota. — Una dama preguntó a Bernard Shaw: — ¿Qué edad me calcula V.? — A juzgar por sus dientes, cálculo que tiene V. dieciocho años; por sus rubios rizos, diecinueve y por su actitud diecisiete. — Gracias, Gracias; pero insisto: — ¿Qué edad represento? — Pues bien — replicó el humorista — sume 18, 19 y 17 y el resultado es 54 años.

Un repaso de conocimientos. — La velocidad del sonido en el aire es de unos 340 m. por segundo y en el agua es de 1.435 m. por segundo también.

Una greguería. — La B es el ama de cria del alfabeto.

ESPLAY



CARTA A LA TÍA



Querida tía Silvana:
Considerando el rebaño de los días, habrás visto que van jalonado el año unos cuantos de ellos, que por su significación, al llegar, más que vivirlos, vivimos su evocación, porque el evocar nos place.
Es allò del «Recordar»,
Es el «Volver al ayer».
Es el pararse a mirar el álbum de viejas fotos con la secreta ilusión de ver como todavía late nuestro corazón.
Son las fiestas populares que retratan la ciudad como lo es, sin duda alguna, la de San Antonio Abad.
Fiestas en las que, con la fijeza del calendario, se nos repiten las horas en nuestro vivir diario, y en las que el pobre cronista se le presenta el dilema de, o repetirse también, o de sosloyar el tema.
De esta fiesta, por ejemplo, del diez y siete de enero, ¿qué podrá decir de nuevo el sufrido reportero?
Los cronistas de Gerona, de Palamós, de Cassá... ¿qué habrán dicho de esa fiesta

que no se haya dicho ya?
Menos mal que algunas veces la pícara actualidad gusta presentar las cosas con originalidad y nos permite, aunque sea en singular ocasión, croniquear la jornada sin las frases de cajón.
Y si hoy puedo hablarte yo de un día de San Antón sin música ni cortejo sin fiesta ni bendición.
Nada de hablar de «Tres Tombs», ni jacas ajaezadas, ni típicas pasacalles *com feiem altres vegades.*
Nada de eso. Porque este año — según ya el diario trajo — es un año que ha nacido bajo el signo del trabajo. Basta pues de fiestas de estas *que no treuen cap a res.*
Basta ya de tradiciones. Al menos en este mes, Que estas cosas populares y de sabor costumbrista, quedan mejor en verano que es cuando está aquí el turista. ¡Y darían más dinero!
¡Digo! Es un punto de vista. ¿Qué? ¿Te seduce la idea? Te la regala

EL CRONISTA